La respuesta

Sebastián Oyarzún Arancibia

Image not found.

Capítulo 1

La respuesta

-¿Y si no es coincidencia?- dije en voz alta mientras volvía a casa. Me vi enfrascado en un taco humano. Si se entiende bien. Creo que en toda su connotación, el taco que se come es tumulto de condimentos, carne y masa. Presionan las mañanas y las tardes. Volviendo al tema, me miran de reojo. Al bajar las largas escaleras del metro doy cuenta que a una mujer se le cae su lápiz labial: evento circunstancial. Es evidente su expresión de suplicio ante la posible caída que finalmente no se concreta. Es solo un lápiz, pero mi corazón, ya sobresaltado por una extraña y pasajera respuesta, se ve presionado a considerarlo como más que eso. Un centímetro de suerte, tan precisa, en donde la opción menos convincente responde entrelíneas a mi pregunta, la cual busca sentido. Ese rostro de suplicio que arrima al objeto a no caer en el espacio vacío de la escalera. Camino a casa y todo pierde el sentido literal. Ya no puedo apreciar la vida tal cual es.
El ascensor, el perro que ladra en los brazos de la señora Martínez, el gimnasta que baja a correr y vuelve al departamento de su madre. Mis ojos pegados al suelo. Hoy no respondí a los saludos falsos, ni a las despedidas. Se abren las puertas y veo hacia los lados, esas terminaciones falsas que aparentan ser pequeñas callejuelas, pero no es más que un pasillo iluminado. La caminata hacia la reclusión.

Me pasé toda la noche mirando el cuadro blanco de la muralla. Mis ojos quedaron clavados. Siento un calor inmenso. Hoy no saludé a nadie en el trabajo ni en el ascensor. Nunca me importó, sabía bien que podían entender en mis gestos una expresión de comprensión inusual de la vida. “El calor es imprudente y no puedo aguantar estos pantalones”. Traspiro más de la cuenta.

Me siento frente a la pantalla del computador y me quedo viendo un reflejo. “Porque no te vas a casa” preguntó la señora Delgado. No quise contestar, puesto que era una respuesta obvia. No tengo escapatoria y no hay porqué escapar. No existe razón para retroceder y ser el mismo. Todos parecen sordos, ciegos e insensibles. No hay forma de abrir los ojos, las letras de las voces no son legibles. El lenguaje se vuelve fútil.

No hay lástima que nos socorra como especie. No hay seres que nos vengan a salvar porque no queremos interpretar la vida. Aparecen los demonios ocultos de los amantes de las calles. Hay pocos que hablan entre sí. Una pareja sonríe más por lo que aparece en la pantalla del celular que por lo que le dice a su acompañante. Veo al suelo

buscando una explicación y lo único que siento son mis piernas plagadas de vellos. “Siento un desagradable deseo de romper los pantalones”

Sentado en el sillón, una sonrisa solar ilumina mi cara. Nuevamente a trabajar. Mi jefa me llamó “¿no cree que es inapropiado venir con calzoncillos al trabajo?”. Me digné a balbucear “tengo calor”. Una amenaza que encontré suficiente para propinar golpes a la muralla. El silencio abundó y la señora con ojos brillantes, con sus labios expresando el miedo, procesando palabras y derivando el problema a matones. Dos músculos aprietan mis brazos.

El teléfono sonó “¿Cómo pudiste? – era mi madre - Sabes bien que me demoré mucho en pedirte ese trabajo. ¿Quién te está metiendo ideas en la cabeza?”. Corté el fono y lo mandé a volar. Cada palabra se atoraba en mi garganta. Ese maldito calor, esa energía que se desprendía por el roce entre los pelos y la ropa. Me vi obligado a pensar en algo. Boté todo, vendí el departamento. Devolví la plata al banco y me quedé con nada. Tenía ganas de esconderme en ese descubrimiento abstracto e intocable. Dejamos de apreciar la realidad cuando nos desconectamos. Me senté casi desnudo cerca de un árbol. La sombra protegía mi cuerpo peludo.

Abandonar todo y callar aquella respuesta única que encontré en aquel preciso momento de decisión. “¿Era el objeto, el labial, capaz de estar a la deriva como todos?”. Recordé aquel preciso instante cuando vi mi habitación por última vez. “Ese ataúd” decía un amigo. “Ese que costó sudor y esfuerzo”. “Tiempo perdido”. Desvanecí los primeros días cerca de este árbol.

Con manos que expresaban temblores logré taparme el rostro. Y la vida tomó su curso. Mis glosas en palabras, mis palabras en alaridos, mis alaridos en silencio. El cuerpo se extendió en vellosidades. Curco roce las piedras. Y cuando mis brazos cayeron y apuntaban al suelo, mi cabeza se inclinó hacia arriba y observó la copa del árbol. Al arribarme y comenzar a sentirme libre del pensamiento y mí presencia, observé todo desde afuera: un cuerpo espiritual que abordaba a una especie extraña de mamífero. Siamés de mono u orangután. Alzado en la copa sin decir más, brindé en la felicidad máxima y en la tarde naranja descansé de aquella respuesta inconclusa que no podemos entender. Un peso histórico se echaba a la borda.